



Cuatro ensayos híbridos

Salvador Gallardo Cabrera

Alfonso Reyes definió alguna vez al ensayo como el centauro de los géneros. Fiel a esta premisa fundamental, Salvador Gallardo nos otorga en estos textos una serie de entrevisiones de un género que no cesa de sorprendernos por su capacidad de aglutinar al vislumbre poético, la reflexión teórica o la representación narrativa.

LÍMITE, CONTORNO, ENVOLTURA

Si la nueva constelación de satélites artificiales pliega la tierra hasta convertirla en isla usando como palanca al cielo, una isla corta el mar y lo despliega: lo despierta de su pura interioridad, transforma su línea flotante, sin contorno, en fruto abierto. El mar es más bello ahí donde algo lo corta: una costa, una quilla resuelta, una barra para oleajes de tormenta o las islas, siempre las islas.

Contra el agua, ¿se podría hacer lo mismo con el viento? En las costas de Donostia-San Sebastián, contra el mar Cantábrico que se abre roto desde dentro, Eduardo Chillida probó peinar el viento con preguntas encarnadas en hierro que semejan un gnomon o cuadrante solar con el que los griegos leían en la tierra lo que el sol escribía sobre la tierra misma. El gnomon es la marca indeleble de la geometría, del nacimiento del espacio matemático.

El principio y fin de la geometría es el punto. “Ninguna otra cosa ha de ser, ya en la naturaleza, ya en la mente humana, que pueda dar principio al punto”, escribió Leonardo. Y Durero: “El principio y fin de las dimensiones

es el punto...”. Pero el punto, en sí mismo, no tiene medida. No tiene latitud ni longitud ni profundidad. Leonardo explicaba que ni todos los puntos del universo podrían, aun reunidos, componer parte alguna de una superficie. Decía que el cero es la nada y lo equiparaba con el punto: un cero situado tras la unidad nos da el diez y así el número crecerá por cada adición del cero, diez veces más, hasta el infinito. Mas el punto en sí, como el cero, nada vale y “todos los puntos del universo equivalen a uno solo en lo que toca a su sustancia y valor”. Si esto es así, entonces el punto tampoco es divisible y no ocupa lugar en el espacio. Podemos, como aconsejaba Durero, colocar mentalmente el punto donde queramos o imaginar que se mueve hacia arriba o hacia abajo. Donde sea que lo coloquemos no podríamos llegar ahí con nuestro cuerpo. ¿Cómo puede ser el principio de la geometría algo que no tiene medida y no ocupa lugar alguno? ¿Qué son las líneas sino vestigios que deja un punto al ser trasladado de un lugar a otro? Entonces, ¿cómo se traza una línea desde un punto sin medida ni lugar? Ahí, en el plano de las apariciones, se alzan o yacen los dibujos, los grabados,

los modelos y los proyectos realizados por Leonardo y Durero desde el dominio imposible del punto geométrico. Existen para nosotros como presencias aunque son huellas insondables de recorridos fantasmales. Durero estableció unas instituciones de geometría y cuatro libros de la simetría de las partes del cuerpo humano y Leonardo un tratado de pintura y múltiples cuadernos de anotaciones, a partir de ese punto inextenso e inaparente que parece señalar una contradicción en el pensamiento euclídeo y renacentista de la espacialidad matemática.

Chillida resolvió esa aparente contradicción con preguntas: “¿Se puede ocupar un lugar sin tener medida?, ¿existe algo sin medida en el universo?, ¿es la medida condición necesaria para formar parte del universo?”. Sabía que la geometría solamente es coherente cuando el punto no tiene medida. Pero sabía a la vez que la coherencia no siempre es garantía de funcionalidad; por ello, para que la geometría funcione, ese punto sin medida *debe* ocupar un lugar. Tal imperativo enuncia las transformaciones en la geometría —del gnomon a la geometría Bolyai-Lobachevski o a la geometría riemanniana— y muestra la proliferación de campos de intervención y de los diferentes planos de escalas de que nos servimos. Para distancias pequeñas la geometría euclídea y las no euclídeas funcionan de forma equivalente. Para las prolongaciones en el *spatium* de nuestros dispositivos posinsulares, la geometría riemanniana del espacio curvo es más precisa. Para abrir un espacio, envolverlo con hormigón o hierro según grados de expansión y concentración, en el presente sin medida de la obra de arte, es necesario recomponer la geometría a cada momento.

Los peines de Chillida atraviesan el viento. En la orilla del Cantábrico, donde se mezclan contornos y envolturas en un espacio de encuentro, señalan la persistencia de un régimen de visibilidad que nada manda ni dicta, sino nos ayuda a renovar nuestras preguntas y nos reconcilia con nuestros límites y nos alienta.

ALT / GUARDAR

Nuestra memoria ha trascendido el olvido y hoy se proyecta como ausencia. Con la cultura del flujo de datos se está creando una gran memoria artificial que pronto volverá obsoletos muchos de nuestros recuerdos —incluidas cadenas enteras de contenidos genéticos. La cultura del flujo de datos ha puesto en línea la memoria y el conocimiento pero la memoria artificial no se construye con relación al olvido. El olvido no significa ya un obstáculo por superar ni ejerce una función selectiva o tendida sobre el azar. En otras épocas, el olvido funcionaba como enlace con el futuro; sumergirse en el río del olvido hacía posible la vida nueva. La memoria asegura-

ba un tránsito entre el pasado —espacio desierto— recordado, el presente desde donde se recuerda y un tiempo futuro de proyección y actualización de lo recordado: la *conmemoración* enuncia ese tránsito entre el deber de guardar memoria y la posibilidad de olvidar. “Conservar la memoria significa meditar el olvido”, decía Heidegger. Ese tránsito ha sido extraído de la retórica; es un modo del recuerdo ya desaparecido. Nosotros, cuando recordamos, lo hacemos desde un espacio de incorporación descendido; el recuerdo no avanza desde un pasado hasta un presente ni puede restringirse a su función lineal. ¿Sabemos, de memoria, si una especie fija sus conocimientos en un cuerpo y si el cuerpo de esa especie se transforma en un *corpus cogitum*?

El imperativo de la informática es almacenar la mayor cantidad de información posible en microespacios. Se intenta replicar así la capacidad de memoria de las células y del ADN; el esquema de almacenamiento parece ser el mismo. La diferencia es que el ADN lleva en sí sus atavismos y éstos, vistos desde la cultura del flujo de datos, aparecen como obsolescencias que restan velocidad y precisión. El sueño de la ingeniería genética y de la biomecánica nano es hacer una poda de esos atavismos. Alcanzar una memoria específicamente productiva; aislarla de la red protectora del olvido, de la tara y del azar.

La memoria ha sido usada como una disciplina de autodominio, expansión personal y técnica de dominación. La hermenéutica de las tecnologías del yo, emprendida por Michel Foucault, mostró cómo se emplazaba la memoria dentro de los procedimientos del examen introspectivo en la apertura del espacio para el cuidado de sí mismo. El examen de sí incluía un recuento de lo que se había hecho durante el día, de lo que tendría que haber sido hecho y de su comparación. Era una introspección conectada con el afuera; no era cerrada como sí lo sería la cristiana. En la tradición pitagórica —retomada por Peter Handke el año que pasó en la bahía de nadie— ese recuento servía como filtro de purificación; permitía dormir bien y tener buenos sueños. Handke:

... yo imaginaba que, con este mirar hacia atrás con el pensamiento, en lugar de cambiar de raíz, que es lo que tal vez Pitágoras tenía en mente, lo que ocurriría sería que veríamos cómo estábamos hechos.

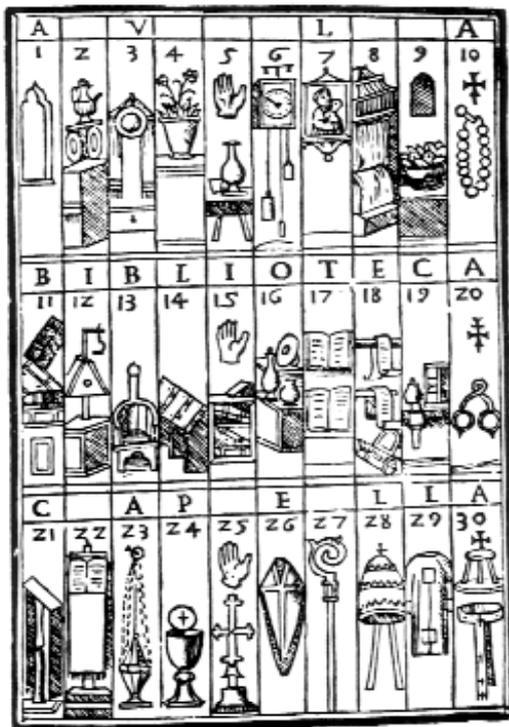
Muchos estoicos trenzaron el recurso mnemotécnico con la escritura: los “pensamientos” de Marco Aurelio pueden leerse como el recuento nocturno de un día que abarca toda una vida. La escritura se convirtió en un ejercicio de reflexión; permitía conducir la mirada hacia atrás y retroceder. Tal ejercicio se volvió regla en diversas sectas —en la antigüedad grecorromana la filosofía era cosa de sectas. Fue un paso extraño, pues las reglas distraen del fin que está tras ellas y privilegian el cumpli-

miento irreflexivo de tal o cual ejercicio. El fin primordial queda desplazado por la observación de las reglas; el cuidado de sí se dilata en su cumplimiento. Aparece entonces como una digresión en el curso de una vida; no se sabe ya qué significa uno mismo en tanto que objeto de cuidado. En algunos periodos resultaba contradictorio conocerse y cuidarse uno mismo y hacerse, a la vez, de los medios por los que el cuidado de uno mismo pudiera conducir a una técnica de gobierno de los otros. Para los cínicos y muchos estoicos las reglas de la vida en sociedad eran convenciones —esa convicción surgiría también en la Roma imperial: Marco Aurelio tenía el deber de asistir al Circo y lo cumplía “como ciudadano y romano”, pero siempre se cuidaba de llevar algo que leer.

La autodisciplina significó la apertura de un nuevo espacio después de la crisis provocada por la desaparición de la dimensión sociopolítica y ética de la *polis* ante la anomalía macedonia. La heroicidad de la libertad autárquica en vez de la heroicidad de la libertad en la pertenencia, propia de la Grecia clásica. El nexo entre el sabio y la ciudad se había roto. El trabajo sobre uno mismo semejaba un refinamiento de locos sagrados. Los cínicos, por ejemplo, se remontaron hasta la Edad de Oro para imaginar de nuevo la vida reunida: allí no existía la escritura y la memoria no podía ir más atrás.

“Al sabio los siglos le sirven como a un dios”, escribió Séneca en *De la brevedad de la vida*. El tiempo que ha pasado es recogido por el sabio con el recuerdo. El porvenir puede disponerlo; y el tiempo presente, lo emplea. Por medio de esta utilización del tiempo el sabio queda

exento de las leyes del género humano, rompe sus estancias temporales, fusiona todos los tiempos en uno y hace de esa fusión una técnica para alargar su vida. No porque viviera muchos años sino porque vive su vida desde un tiempo único. Mas para los estoicos el modelo del sabio es pura virtualidad; los sabios son una especie muy rara. Cuando Séneca hace memoria del estoicismo sólo encuentra dos o tres. El sabio estoico vive cada día como si fuera el último de su vida; tal como un legionario del *Ala III Thracum* en campaña. Sólo que el esfuerzo que hace el sabio estoico sobre sí mismo no desemboca en un ensanchamiento, sino, como observa Paul Veyne, conduce a un estado de reducción, a una dicha sin deseo, a una seguridad sin fallas, a una fortaleza, sí, pero vacía. ¿Qué se puede recordar y escribir en el vacío? Según los grandes retóricos la escritura contenía las raíces y fundamentos de la elocuencia; sin su ejercicio el orador sólo produciría vana locuacidad y palabras como nacidas de los labios. Pero para la época del imperio, en Roma, la retórica era ya un arcaísmo social, un dispositivo vacío. En su escritura desde el último día, Marco Aurelio agradece a los dioses por “no haber avanzado más en retórica y en otras disciplinas que me habrían estancado si hubiera sentido que progresaba en ellas”. La sinceridad heroica existía en las palabras y en los discursos pero no se sustentaba ya en la retórica. Era imprescindible anteponer a la retórica la práctica de la filosofía. Y la filosofía era el estoicismo. Mas ¿cómo se antepone un vacío a otro? Entonces, el cuidado de sí no implicaba una transformación. El pasado se convertía así en humo y ceniza. La memoria fluctuaba sobre espacios desiertos,



Johannes Romberch, Imágenes del sistema de la memoria de la Abadía, 1533



Johannes Romberch, La Gramática como imagen de la memoria, 1533

al borde del abismo infinito de lo que ya pasó, aunque no podía perderse, porque ¿cómo podría perderse algo que no se tenía? Ese abismo sólo podía cruzarse como estoico, con la gravedad perfecta y natural de quien ha puesto orden en sí mismo, uniendo en un movimiento de flujo-reflujo la escritura memoriosa del último día con la caligrafía titubeante de la primera frase matinal: “desde la aurora haz de decirte: tropezaré hoy con un entrometido, un ingrato, un insolente, un embustero, un envidioso, un egoísta ... no puedo recibir daño de alguno de ellos”. En ese tránsito de la memoria de marea fluye el discurso de una vida entera.

Extraño pensamiento. El estoicismo es, como observa Paul Veyne, la filosofía más increíble para nosotros. Pero su doctrina de la autonomía del yo y la posibilidad de un esfuerzo de constitución de sí mismo se ha convertido para nuestra época en una ilusión de supervivencia; en un espacio blindado contra un mundo sin dios, ni naturaleza, ni tradición o imperativo. No es gratuito que Veyne feche el resurgimiento del interés por Séneca y el estoicismo en los últimos años de la vida de Michel Foucault y en un círculo que vivía bajo la amenaza del sida. A nosotros, los huérfanos de todo, quizá podría entusiasmaros saber cómo a partir de esas excrecencias del yo se logra alcanzar un cierto equilibrio personal. Sin embargo, al trascender el olvido y proyectarse como ausencia nuestra memoria no puede guiarnos. La cultura del flujo de datos es, como explica Gabriel Zaid, inabarcable; nuestras sociedades son ineptas con respecto a su inmenso repertorio de posibilidades. Memoria sin olvido y conocimiento inabarcable. ¿No necesitamos a cada momento un respaldo para almacenar nuestros conocimientos o para apuntarnos a nosotros mismos? ¿No es esto lo que explica el *boom* de la ética en nuestros días? Un respaldo, un respaldo neutro y seguro. Observen a K. frente al espejo del baño recitando su letanía matutina de control mientras repasa sus citas en una *palm*: lo habita una memoria ausente.

LUNÁTICO OBSERVA EL DESIERTO
DE CHIHUAHUA

“¿Somos ángeles caídos que nos negamos a creer que nada es nada y, por tanto, nacemos para perder a los que ama-

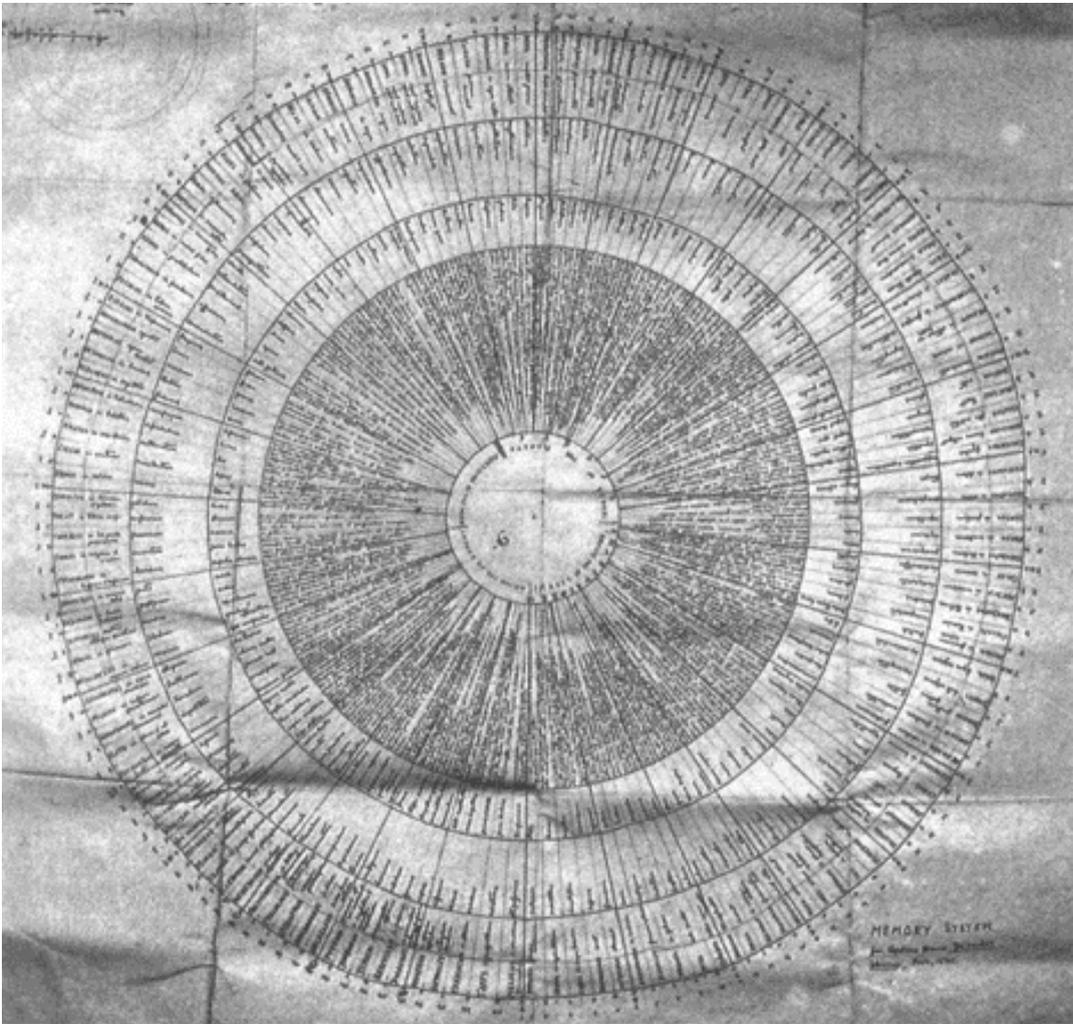
mos y a nuestros amigos más queridos uno a uno, y después nuestra propia vida, para probarnos?”. Ah, la prueba *Kerouac*. Cómo se encadena a la imprevisibilidad del viaje, cómo se alarga en la dispersión de caminos, en la incertidumbre de las paradas, desde la mañana promesa hasta la noche azar, cómo se endurece y se ensancha y pesa en la asimetría de cada recorrido. La prueba *Kerouac* muestra que la migración es el eros de la lejanía.

Los soberanos del siglo XVI debían hacer la prueba de su poderío por medio de grandes viajes a sus territorios dominados. Los viajeros del siglo XVIII recorrían las profundidades de la naturaleza para hacer en contra de ella la prueba de su valor o de su sapiencia. Una vez que se retiraban de las ciudades, los padres del desierto tenían que hacer la prueba de su virtud contra el mundo y sus tentaciones y pasarla negando la vida —el eremita Melecio tenía el cuerpo cubierto de llagas infectadas y cada vez que un gusano caía de éstas lo devolvía cuidadosamente a su lugar para no ahorrarse sufrimiento alguno.

Para pasar la prueba *Kerouac* no hay nada que hacer. Es una prueba puesto que exige ser enfrentada y franqueada, pero carece de programa que se pueda o no cumplir, no está proyectada al futuro. Hay que pasarla; no hay algo que probar. Pero tampoco es una especie de camino vacío, oriental, antiguo, serio y sencillo. Se trata más bien de una prueba de orientación para pasar la línea que jamás se alcanzará; la lejanía del afuera, el “gris y loco exterior”.

Existen varios métodos —pero “método” no es la palabra adecuada— para enfrentar esta prueba. Uno de ellos inicia con una negación: rehusarse a seguir la demanda general de la producción y el consumo de pseudocosas y luchar contra la visión normalizada del nomadismo que lo conceptualiza como una limitante de la posibilidad de cambio. Si negar es una entrega —como lo sabía Nietzsche—, entregarse a la negación es el peor de todos los modos de entrega: “nos fuerza a creer que hacemos cosas importantes, cuando sólo estamos fijos dentro de nosotros mismos”. Para escapar a esa fijación viscosa es necesario alternar la negación inicial con periodos de ansia sensorial: alucinaciones y desviaciones de la atención. Estos ejercicios de ansia corporal funcionan como recordatorios del peso decisivo que tiene la estructura corporal en contraposición al sí mismo entendido en tanto conciencia. Si viéramos de lado no tendríamos concepto de ninguna línea recta, por ejemplo.

Con la cultura del flujo de datos se está creando
una gran memoria artificial que pronto volverá
obsoletos muchos de nuestros recuerdos.



Giordano Bruno, Sistema de la memoria, 1582

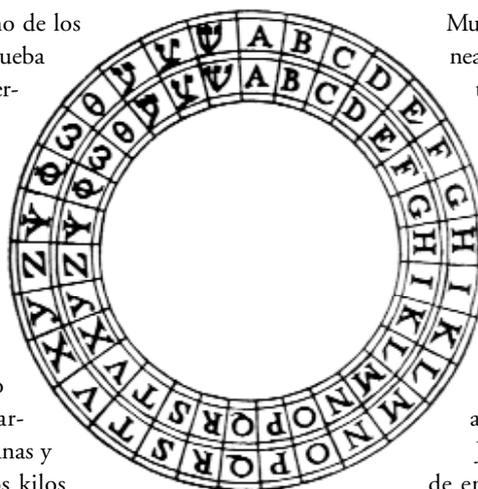
El segundo estrato de la prueba es un ejercicio de observación y desvanecimiento. Hay que aprender a observar “con excitación, a toda prisa, hasta sentir calambres...”, siguiendo los rizamientos superficiales de los acontecimientos; buscar los espacios intermedios, en un presente intransitable y hostil que nunca se supera por medio de experiencias intelectuales o cargadas de historia. Un observador tal puede transfigurarse por medio del desvanecimiento, esa fuerza de resistencia. Desvanecerse para mejor resistir. Quien ha aprendido a desvanecerse en la observación es capaz de convertir la negación en una potencia afirmativa y despojar a lo observado de la carga funesta intelectual e histórica con ansia corporal, con entusiasmo y expansión vital.

El medio de estos ejercicios es la migración por intensidades. Adelante, adelante, salir, pasar a una velocidad mayor —o menor si la lentitud sirve como recurso de desmarcaje. Quien logra pasar la prueba *Kerouac* es un artista de las velocidades: puede establecer una línea de debilidad en su punto de resistencia más bajo para salvar

su coeficiente de aceleración. También puede leer cosas seguras en una velocidad descendente, pasar a otro carril, depender de objetos a los que hasta entonces apenas había prestado atención. Cuando migra lo hace con una *carilla extraviada*; no lleva su biblia consigo. Cuando retorna lo hace sin nostalgia, hasta que los marcadores de distancia desaparecen; a veces vuelve sobre sus propios pasos marcados en la arena: porque todo regresa más tarde, pero no siempre necesita reconocer los cambios que se producen en el regreso.

La vida no es algo personal, eso nos lo enseña la vida misma. El espacio de la transfiguración es un espacio lastimado. Dificultosa es la vía de la transfiguración, pero no intransitable ni patética. Como ya no es posible escribir en términos de representación, los viajes de la prueba parecerían ciclos de movilidad y mutación. Movilidad en las preguntas, en el acomodo de los fines. Mutación en la disolución de las historias personales. En última instancia, nadie cambia desde sí mismo. Si e mpre se requiere algo afuera.

En los años cincuenta, uno de los últimos sobrevivientes de la prueba aseguraba que existía cierto ejercicio para consolidar los ejes negación-ansia corporal y observación-desvanecimiento: hacer la experimentación del viaje por intensidades a través del arco triangular de Nueva York, Ciudad de México y San Francisco, con muy poco dinero, realizando “caminatas increíblemente largas que a veces duraban semanas y semanas con sólo unos pocos kilos de comida seca en la mochila”. De ahí la importancia que tenía el aventón en sus prosas de registro. Esos migrantes *en prue-*



Giordano Bruno, Ruedas de la memoria, 1582

ba nombraron los trenes que tomaron como polizones: el “fantasma de medianoche” al que se trepa en Los Ángeles “y nadie te ve hasta que llegas a San Francisco por la mañana. Así de rápido va”. ¿Quién negaría un aventón a un desvanecido?; ¿quién pescaría en el tren a un fantasma?

Si una línea de devenir se cruzaba con ellos, los volteaba y los arrojaba en otra dirección, con una nueva necesidad de verificar algo, con un nuevo paso y otro rostro, debían encontrar rápidamente una fisura que desahogara la pureza del triángulo; que quebrara el triángulo por uno de sus vértices. Esa fisura de horizonte era el desierto.

Para ellos, quien estaba yendo al desierto o quien lo atravesaba, debía saber si tenía la virtud de la transformación en los labios o en el corazón. Si se adentraba en el desierto buscaba dominar el arte de la autotransfiguración, no sólo enmendarse. No iba al desierto por escapar de algo, como buscando un santuario. Ningún demonio le inquietaba. Cuando hacía frío encendía una pequeña hoguera. Cuando tenía hambre cocinaba unas verduras. Sabía equivocarse: pensaba en el reluciente desierto de Chihuahua cuando ya borracho había cruzado la frontera por El Paso.

CHALCHIHUITES

El desierto no representa la muerte sino una prueba de la vida. En un ámbito de entrecruzamientos entre Mesoamérica y la Gran Chichimeca las planicies desérticas nacen en las estribaciones occidentales de una cordillera. O nacen en el hueco que crece entre las cordilleras de dos sierras que alguna vez se besaron. Es difícil saberlo en un ámbito rayado, cruzado por rayas. ¿Dónde comienza el desierto en la tierra sin medidas?

Muy cerca de ahí asoma una chimenea a la mitad de un cerro. Los vestigios de un sitio de explotación minera, de una planta de beneficio. En los cerros todavía es posible encontrar grasa de metales, restos de cinabrio o pedernal, y también caracoles, peces y flores fosilizados en pizarras. Ahí no se camina sobre el suelo de la tierra. Se camina sobre el techo de una antigua casa marina ya desecada.

Justo en el límite de ese ámbito de entre cruzamientos se alza Chalhuites-Alta Vista, un centro ceremonial que funcionó como observatorio. El corazón del observatorio es un paralelogramo: sus lados se alinean para reconocer la entrada del verano, del invierno, para calendarizar las fases de la luna. La luz de la luna entrando por diversas rendijas indica su posición, un camino equinoccial. La puesta del sol está alineada ahí con la salida de la luna y esa alineación se sigue consecutivamente en los cerros aledaños. Esos cerros —ocres, amarillos oxidados, verdes secos—, contrapuestos al horizonte, funcionaban como una máquina de calibración del tiempo.

Es el espacio más desolado del hemisferio norte: está edificado en el lugar donde el sol ya no pasa. Señala con sus montículos, columnas y paredes encladas el fin del gran ciclo solar. Según una tira de migraciones zacateca, Alta Vista fue construido después de la dispersión teotihuacana por instrucciones de un príncipe errante en recuerdo de su hermano muerto en un solsticio de verano, el 21 de junio, el día más largo del hemisferio, el día del sol estacionario. Al joven hermano del príncipe lo llamaban “el transfigurado”; enseñaba, sin sacerdocio ni poder alguno, la alegría de haber creado y haberse creado. Las alegrías de la tierra maduras por el amor y el trabajo.

Señala también —a quien tenga ojos para distinguir las mezclas de los entrecruzamientos— el inicio del desierto. Muerte / fin del ciclo solar / un día que no termina / nacimiento del desierto: un ejemplo de dolor perfecto y belleza —la belleza empuja siempre desde una herida.

Un espacio para que la interioridad de espera o de excepción encuentre su afuera con una precisión muy fina y tenue. Basta aguardar la noche, subir a uno de los montículos y observar, contra la luz de las estrellas, la arena brillando. Son rayas de sílice del desierto que nace. Las duras lágrimas con que el príncipe errante llora aún a su hermano.

Nada de lo que ha hecho alguna vez su aparición en la tierra puede desaparecer por completo. U